

PRECIO
5 Centavos

LA PRENSA

PORTE
PAGO

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administración: Perú 1587

U. Telefónica, 0478 B. Orden

Ideas y hechos

Las contradicciones del sindicalismo

Para quienes se empeñan en hacer del sindicalismo una doctrina aparte — un terreno neutral que admite a la vez rechaiza toda clase de teorías políticas y filosóficas —, debería servirles de lección la experiencia de los últimos años. Las organizaciones obreras numéricamente más poderosas fueron incapaces de asumir una actitud decidida frente a los acontecimientos revolucionarios. Y fué suficiente la aparición en escena de una tendencia política que basó en el activismo de la masa el triunfo de un nuevo sistema de dictadura, para que el movimiento obrero perdiera el rumbo y siguiera la dirección que le marcaron los oportunistas.

Para explicar el fracaso del sindicalismo, que oficia de secundario en las luchas políticas de los diversos grupos marxistas, se dijo que los jefes habían traicionado a la masa. ¿Dónde está, pues, la doctrina de ese sindicalismo neutro que no puede substraer a los trabajadores a la influencia de los profesionales de la política? Y en qué parte radica la fuerza de una organización creada sobre la base de las necesidades económicas, si esa condición clasista no impide a los obreros actuar en un terreno contrario al sindicalismo y apoyar movimientos políticos que consagran y perpetúan su esclavitud económica?

El sindicalismo no es una doctrina: es un medio de acción, bueno o malo según las ideas que se debatan en su seno y determinen su orientación. Los sindicatos, creados sobre la base económica del capitalismo, plantean problemas económicos de fácil solución: luchas por un mayor salario, por la disminución de horas de trabajo, etc. Y sólo a condición de que esos órganos del trabajo organizado acepten una dirección política o ideológica determinada, llegan a ser verdaderos baluartes revolucionarios.

Los verdaderos problemas de la revolución no se debaten en el seno de los sindicatos por el hecho de que sus componentes pertenecen a tal o cual oficio o profesión. El gremio une a los trabajadores para un fin inmediato: la lucha contra el burgués que los explota. Y ahí comienza y termina la solidaridad de clase... Son los trabajadores, como hombres de pensamiento, por sus ideas y por su espíritu, los que plantean el verdadero problema revolucionario y convierten el campo sindicalista en terreno propicio para toda clase de ensayos políticos y económicos.

Aceptando el movimiento obrero como un medio de lucha, no es posible que se llene a confusiones y malentendidos entre las diversas y antagónicas tendencias políticas y filosóficas. Pero, si se pretende hacer del sindicalismo el canal de todas las teorías sociales, y cada fracción se agarra en sus declaraciones prescindiendo para dar el golpe de mano y apoderarse de la dirección de los sindicatos, en vez de atenuar las divergencias se acentúan y la lucha rencorosa termina siempre por despedazar las mastodónticas organizaciones mantenidas a base de disciplina y de dictadura.

La teoría sindicalista — del sindicalismo que se basta a sí mismo — está en permanente contradicción con los hechos. Las organizaciones obreras que proclaman la prescindencia política e ideológica y hasta llegan a excluir de su seno a los indisciplinados que incurrían en el delito de criticar la acción de los jefes, no son por eso libres. Fácilmente se descubre en cada sindicato o federación unitaria la prevalencia de una fracción política — generalmente la más reformista — que impone su punto de vista a todos los asociados y conspira contra esa unidad de clase en su empeño por hacer del sindicalismo un simple recurso político.

Sometidas al dominio de los jefes social reformistas, las organizaciones obreras numéricamente más poderosas, en Europa, hicieron el juego a la bur-

guesía durante la última guerra. Y esas mismas organizaciones sindicales, pese a su "neutralidad" ideológica, realizan una labor puramente política, con el olvido de su misión de órganos económicos para la lucha contra el capitalismo.

El fenómeno bolchevique y fascista — dos complementos de una sola tendencia dictatorial — sólo fué posible por obra de la incapacidad del proletariado para resolver por sí mismo la crisis del capitalismo. La abortada revolución rusa no debió su fracaso a la carencia de fuerzas subversivas. Degeneró en un movimiento político porque las organizaciones obreras estaban sometidas a la influencia de los jefes marxistas y servían de escudo a los profesionales de la política.

La clase trabajadora cuenta con fuerzas suficientes para hacer una revolución. Pero "hacer" una revolución no es realizarla. De ahí que el sindicalismo haya prestado el concurso de una fuerza organizada para la realización de una dictadura: de la bolchevique en Rusia, y de la fascista en Italia. Y esa misma pasividad del proletariado ante el triunfo de la reacción, hoy nos demuestra la impotencia del sindicalismo como doctrina revolucionaria.

En España existía una poderosa organización sindicalista. El sindicalismo español, orientado por anarquistas, había hecho suya la teoría de la acción directa. Pero pretendía bastarse a sí mismo, excluyendo toda ideología "ajena" a su naturaleza económica. Y en la práctica de un sindicalismo revolucionario que no sabía dónde comenzar una revolución popular y donde terminaba por ser política, los trabajadores confundieron muchas veces la acción directa con las componendas y el politiquismo de ciertos líderes poco escrupulosos.

Toda la fuerza subversiva del proletariado español se fué esterilizando en luchas de importancia secundaria. Y el golpe cuartelero de Primo de Rivera triunfó al primer amago de violencia, sin que las organizaciones obreras intentaran por su parte poner en práctica los "programas reestructivos" elaborados por los jefes del sindicalismo.

Al constatar el fracaso de ese sindicalismo posibilista, que reclamaba para sí el derecho de dirigir la próxima revolución y crear los órganos políticos y económicos que habrían de sustituir al Estado burgués, algunos compañeros españoles reaccionaron contra esa propaganda profundamente clasista. Pero ese intento de orientación poco influyó en el ánimo de los trabajadores y no podrá por ahora poner fin a las vacilaciones de los dirigentes sindicalistas.

En el órgano de la C. N. T. de España, "Solidaridad Obrera", se puede apreciar el grado de desorientación que llegaron los sindicalistas de aquel país. Mientras un redactor aboga por el sostenimiento de la presidencia política frente al directorio — y hasta aplaude en cierto modo la labor de sacanamiento que pretenden haber hecho los militares — a otros les preocupa el problema moral que surge del fracaso del sindicalismo.

La crítica a las desviaciones del movimiento obrero revolucionario de España, se esboza en estas líneas de un suelto de redacción de "Solidaridad Obrera":

"...Lo que sucede, desgraciadamente, es que nuestra organización obrera está completamente invadida de un espíritu soezmente materialista. Y absorbe en ese grosero materialismo, hecho de las normas de lucha social, inclinándose exclusivamente en ese sentido, dando desde luego un margen a que nuestra organización perdiera lentamente su esencia ideológica para dar paso majestuoso al materialismo obrerista. ¡Resultante de todo esto! Hoy hemos de contemplar cómo nuestra organización sindical navega con rumbo

indocidido, absorbida por ese obrismo falto de toda idealidad".

Nos complazga que los compañeros españoles lleguen a esa constatación de impotencia ideológica. Y sería para nosotros una satisfacción muy grande, si de la experiencia de esa dictadura impuesta por una oligarquía militar saliera en España un movimiento anarquista lo suficiente claro y robusto como para convertir a la organización obrera en un medio eficaz de acción revolucionaria.

Hay que armonizar las ideas con los hechos, subordinando éstos a aquéllas. Y únicamente por la definición anarquista del movimiento obrero, terminarán las vacilaciones de los compañeros que actúan en los sindicatos y no existirá un conflicto entre la teoría revolucionaria y la práctica del sindicalismo.

Disculpas bolcheviques

Los representantes del Soviet ruso, cogidos en la falta por Mr. Hughes, siguen ofreciendo toda clase de disculpas al capitalismo yanqui. ¿Verdad que nosotros explotamos el cuento de la revolución, en Europa y América, para desvirtuar la simpatía de los obreros a nuestro gobierno. Pero ahora no necesitamos de ese recurso y hasta nos arrepentimos de nuestros pecados, parecen decir los agentes oficiales y oficiales de Moscú.

El lio planteado por el yanqui Mr. Hughes pone en serios aprietos a los comunistas de Moscú. El Departamento de Estado de la Unión dió a la publicidad un editorial en el que el diario "Izvestia" de Moscú, por Steklov, fué citado recientemente por Mr. Hughes, como una demostración de que el gobierno de los soviets se identificaba con la Tercera Internacional.

El editorial apareció en el diario citado el 7 de noviembre y decía: "La mutua solidaridad de la república de los soviets y la Internacional Comunista es un hecho consumado". El editorial agrega que esa solidaridad no era solamente espiritual, sino material y palpable.

Steklov, director de "Izvestia", sin embargo, niega que toda la Internacional Comunista sea la obra del gobierno de Moscú, como, según él, los enemigos del soviet de Rusia propagan por todas partes.

Si los comunistas están obligados a negar y renegar de sus viejas fórmulas revolucionarias. La burguesía les exige sacrificios... que ya habían consumado en Rusia para afianzar su poder sobre el proletariado.

Unidad socialista

El socialismo criollo quiere sacar su tajada de la división del proletariado. Los hombres de ese partido se han alccionado en las lides gremialistas y han hecho suyo el programa bolchevique de aliento a las organizaciones obreras. Y como el problema interno que va desmoronando paulatinamente a esa organización electoral debe ser subyugado a la división de principios... nada más cómodo que barajar las mismas cartas que hasta ahora jugaban los comunistas y sindicalistas criollos.

"La Vanguardia" tiene ahora preocupaciones gremialistas. Semanalmente trata los problemas obreros que dan margen a mayores discusiones y que representan el quid de la cuestión social en este país. Y es una de las principales manías del órgano social-reformista, entrar en beligerancia en los medios proletarios y disputar a comunistas, sindicalistas y anarquistas la dirección de los diversos núcleos gremiales.

Repitiendo los argumentos expuestos por los agentes divisionistas de Moscú, "La Vanguardia" se empeña en hacerse oír. "El grande, el único problema interno que tiene que resolver la clase trabajadora, es el de la unidad", dice el órgano social-reformista. Y ese unidad debe hacerse de acuerdo con la vieja cataplasma sindicalista: la prescindencia ideológica.

Los nuevos divisionistas no han descubierto nada. Repiten las palabras de los que buscaron en la división del proletariado, el medio de medrar y crear, en una representación que favoreciera sus planes políticos. Pero "La Vanguardia" debe agitar el problema de la unidad obrera para dar apariencias a la división que se va engendrando en algunos sindicatos donde los socialistas cuentan con adherentes.

El mejor recurso para ocultar ruines propósitos de prevalencia y maniobras divisionistas que tienen por único fin favorecer a los profesionales políticos que medran en el partido socialista, consiste en achacar a los demás las propias inmundidades. "La Vanguardia", en su juego divisionista, llega a sostener que la única colectividad obrera que ha ofrecido una solución viable y actual a ese problema ha sido el Partido Socialista con la resolución del congreso de Ave-

llaneda, en la cual se condena el embaneramiento de los gremios en el sindicalismo, en el anarquismo y aún en el socialismo; se define su autonomía de toda otra organización ajena a ellos, a la par que se establece la posible colaboración de todas las organizaciones proletarias e ideológicas del movimiento obrero en las cuestiones de interés general para la clase asalariada.

La cataplasma socialista no constituye una novedad. Nos la ofrecieron hace mucho los sindicalistas criollos y de ella se valieron los bolcheviques para llevar a cabo sus propósitos divisionistas.

Es cosa muy fácil sostener que "las sectas y los sectarios anarquistas, comunistas y sindicalistas" conspiran contra la unidad obrera. Pero, ¿quién nos pone a nosotros a salvo del sectarismo socialista? ¿Quién garantiza al proletariado la pretendida neutralidad de los dirigentes del socialismo criollo?

Nosotros no creemos en la unidad que propaga "La Vanguardia", como no creemos en la fusión propuesta por los camaleones y en los frentes únicos concebidos por Moscú. Y nuestra posición frente a los partidos y a las agrupaciones gremiales que nos disputan nuestra influencia en el movimiento obrero, es de franca lucha de tenaz esclerosis, precisamente porque no creemos en la milagrosa cataplasma de la unidad obrera.

Alarma reaccionaria

Estaba prevista la furiosa tempestad de odios descargada por los elementos reaccionarios al conocer el fallo absolutista de Germania Berlot. La joven anarquista constituía una codiciada presa para los portavoces del fascismo francés, que habían descartado en el momento de quien se atrevió a atacarlos en sus reducidos y en la persona de uno de los principales pregoneros de la odiosa guerra contra el proletariado.

La resolución tomada por el tribunal de París está llamada a tener gran repercusión en la vida política de Francia. Y hasta se considera que ese fallo absolutista debilita las bases de la dictadura mantenida por Poincaré, ya que se otorga el derecho de huelga a los obreros de un pueblo llevado al límite extremo de la horchera chauvinista y patriótica.

Desde las columnas de "L'Action Française" se amenaza con vengar la muerte de Plateau, recurriendo para ello a procedimientos fascistas. Pero los "cancalleros" del rol no cuentan con apoyo en la opinión pública y no serán capaces de tomar la iniciativa de una guerra abierta contra los anarquistas.

Los reaccionarios franceses deberán conformarse con agitar esa absolución de una revolucionaria como un motivo puramente fascista. Y únicamente el fascismo los apoyará en la cruzada emprendida contra el movimiento revolucionario de Francia.

Constatando el fallo del tribunal de París en la causa seguida a Germania Berlot, el diario fascista "Il Corriere Italiano", dice que Francia ha absuelto, lo mismo que a la señora Caillaux, principalmente por tratarse de mujeres neuróticas, sin fondo moral, pero que el fallo denota una Francia insegura.

Agrega ese diario que la Francia que el mundo ama, es la que luchó valientemente durante la guerra y cuyos hijos fueron muertos en los campos de batalla. El veredicto pone en evidencia otra Francia, simplemente horrible, y constituye un síntoma de decadencia, por los cuales los patriotas franceses están sumamente alarmados.

Terminando diciendo "Il Corriere Italiano" que ese fallo contradice los eternos valores nacionales y espirituales, por cuya defensa Francia sacrificó a una generación.

Ah, si la Francia que absolvió a Germania Berlot, no es la de Poincaré! Por eso, se alarman los elementos reaccionarios y los fascistas de Italia tienen la mano a los realistas franceses.

Los garibaldinos

Aún viven, o veían arrastrándose, coqueando y pordiosando, algunos de los soldados de Garibaldi, en este país. Nos hemos enterado por la publicación de un diario mendocino.

Y esos pobres viejecitos, bichocos de tanto andar a lo largo de los años, ya más que hombres son sombras que ambulaban, se quejan de que no se les paga la "pensión" de calor, centavos diarios que les pasaba el gobierno italiano.

Desde hace muchos meses, dicen, no se les entrega esa "tremenda" cantidad de dinero, y el diario mendocino reclama al ministro de Italia la atención de esos ex soldados de la libertad.

Dudamos de que esas mugas sean oídas por el representante de Mussolini en Argentina; pues teniendo en cuenta el dinero que el gobierno italiano le otorga al día que ablató al padado, odio que se habrá hecho extensivo a los sobrevivientes de aquella cruzada y por eso los garibaldinos de Mendoza no cobran la lira diaria que les acuerda la ley. Es el odio de los camisas negras que fueron a besar las plantas del soldado de Roma, lo que ha dejado sin esos miserables centavos diarios a los pobres viejecitos que arrastran sus miserias en América.

Preparando el crimen

La obra de un polichinela

Todos los pueblos sufren el infortunio de la hora presente, como consecuencia de la reacción conservadora que los azota. Pero ninguno tan desdichado como España. Allí ya parece no haber hombres con los atributos morales respectivos. Es aquello una triste acropolis, donde sólo se siente alear a las aves de rapina, excitadas por el olor de carne muerta.

Que un pueblo se rinda ante la violencia cuando ha verificado algún esfuerzo por defenderse, pase. No puede exigirse al tiempo y a las circunstancias más de lo que pueden dar.

Pero que además de rendido sin luchar se le escarneza en forma sangrienta, se le ocupa y se le infieren burlas crueles, es algo que no tolerarían los esclavos de la edad media. No ya sólo la acción del decoro humano debiera despertar en aquellas almas alzada protesta, sino el derecho de conservación, el instinto de la vida que suscita la defensa en el animal más cobarde.

Pues ni eso. En nefando proceso de tiranías y horrores sin cuento, desarrollado en un largo período de siglos, ha matado todo sentimiento liberador. Los núcleos más garibaldinos de la raza, aquellos que conservan el legado precioso de las santas rebeliones de la conciencia, sufren el martirio de Tántalo, no sólo por efecto de la dictadura militar, sino por la cobardía del ambiente de tristeza, sometimiento y resignación.

Así puede ser permitido que un polichinela, irrisorio, un tarado con todos los defectos de la degeneración por herencia, pase a bota ensangrentada sobre la libertad de unos cuantos millones de hombres. Y que no se detenga ante la acción de un sujeto exvernario, erigido en canchero de una familia cancerosa, decrépita, carencida y delectada, que infecta la atmósfera donde quiera que uno de sus ejemplares aleanta los poderosos pestilentes, sino que al crimen, a la persecución, al odio bestial de la fiera pri-

mitiva, añada también la bafa y el insulto.

Porque bafa, insulto, burla ignominiosa, es ese zaramendo complet revolucionario azulado en la concavidad macrocéfala de una acémila con galeas. Quiere el botarate Primo de Rivera inmortalizarse como figura de arduo, y se conforma con atacar molinos de viento. Por eso, a falta de enemigos con quien combatir, crea el pretexto de atacar a muertos, revolver las tumbas, zamarrear cadáveres, que no otra cosa son hoy los proletarios españoles.

Se le antojó la existencia de un comunismo insurgente, allí donde los bolcheviques apenas si son cuatro soldados y un cabo. Y además, los discípulos del apóstol pacífico y circunspecto, Marx, buenos para pescar en las aguas revueltas de las agitaciones populares, son cobardes para cuadrarse frente a las tiranías, por falta de ideales revolucionarios que traspongan los límites de una grosera aspiración política.

La farsa de la intontona revolucionaria no puede, entonces, ser más inepta. Y lo es tanto, que ni un dato positivo, una conjetura más o menos admisible, ha adelantado la prensa que estos días registra las truculencias telegráficas de aquel horrible repugnante que ofende a la civilización y a la decencia con su figura de arlequín.

Después que tomara el olor a sangre humana en que vive encharcada aquella fierra de largos incavos, que se llama Mussolini, soñó el canchero de la purulenta monarquía española, en revolcarse también a su vez en la que pudiere hacer derramar a aquel pueblo mártir, vencido, maltrecho y sin fuerzas para substraerse a su hecho de agonía. Sólo así cree obtener una celebridad que no supo conquistar en Africa luchando con moros inermes, pero audaces. Calzonudo pusilánime, procede como el chulo prepotente que finca su valentía en castigar carne de mujer. Corre tras de la gloria fácil, ese bandolero sin agallas, seguro de la impu-

